



**Nativel
Preciado
Canta
solo para mí**

PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2014

AE
& I


Nativel Preciado



Canta solo para mí

Premio de Novela Fernando Lara

2014

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Nativel Preciado, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2014

Depósito legal: B. 10.343-2014

ISBN 978-84-08-12884-7

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

No he conseguido que mi madre me diga la verdad. Miente cada vez que me habla de lo que hacía antes de que yo naciera. Intenta hacerme creer que toda su vida se ha limitado a ser la madre de Malik Aziz, como si no hubiera existido antes de que yo viniera al mundo. Cuántas veces he tenido la tentación de interrumpir la farsa, de advertirle que sé perfectamente que su papel de madre es solo uno de los muchos que ha interpretado a lo largo de su vida. Ni siquiera ha sido el papel principal y supongo que tampoco su preferido.

Mi madre se llama Muriel Blanco y ha sido galardonada con un premio que lleva el nombre de Estanislao Arenal. Se lo han concedido por su dilatada y exitosa vida como reportera. Los responsables de la Fundación de Estanislao Arenal, un gran periodista ya desaparecido, me han encargado que realice un vídeo sobre él para proyectarlo durante la fiesta de la entrega del premio. Es mi trabajo, me dedico al cine, pero no trato de engañar a nadie: he conseguido el encargo gracias a la ayuda de mamá. En las copias de las fotografías que ella me ha dejado —la ma-

yoría de ellas del archivo del diario *El Hispano* en el que coincidieron los personajes de esta historia—, he marcado con un círculo rojo a los que aparecerán en el vídeo. Son poco más de media docena, porque el resto ya no está en este mundo. En una de ellas se encuentran casi todos. Mi madre está en medio, como una diosa, y a su lado Estanislao Arenal, el célebre Tanis, del que sus compañeros hablan como si fuera un héroe. Amarrada a su brazo está su novia oficial, Carmela Rubio; y detrás aparecen Pedro Vidal y Santiago Soler, jefes del periódico, dueños del capital, dos tipos de trayectoria sospechosa de los que mi madre apenas quiere hablar. A su izquierda está mi padre y junto a ambos, entremezclados con una serie de gente que desconozco, la pareja formada por Héctor López y Paloma Ríos. La foto la tomaron en la calle, delante de la fachada del café Gijón, después de un acontecimiento que no recuerdo. Un documento gráfico que no tendría mayor importancia si no fuera porque casualmente reúne a los que he citado, imprescindibles en la película, testigos y protagonistas de la época que vivió mi madre antes de que yo naciera.

Para mi sorpresa, se mostraron muy amables conmigo y no pusieron ningún impedimento a la hora de grabar su testimonio. Conseguí todas las entrevistas, excepto dos. Una, la de Santiago Soler, artífice del hundimiento del periódico, a quien los demás aún ven como un peligroso intrigante; al pobre, por decir algo, un cáncer terminal le tenía muy postrado. Otra, porque no pude contactar con ella, Paloma Ríos, una antigua novia del doctor Héctor López, íntimo amigo de Tanis. Ambos salieron tarifando con él. Por ese motivo puse especial empeño en encontrarlos, porque estaba convencido de que me darían una versión

menos edulcorada del personaje y me hablarían sin miramientos de mi madre.

No me es fácil imaginar las relaciones que pudo tener con las personas que la rodean en esta foto. Imposible saber la verdad. Se refieren a aquellos tiempos como si todos ellos hubieran desempeñado un papel esencial; como si el destino les hubiera reservado un lugar estratégico en la historia; como si fueran los héroes fundamentales de la resistencia contra la dictadura. ¿Hay algo de realidad o es solo un espejismo creado por los efectos alucinógenos que produce la nostalgia de la juventud?

No me creo la mitad de lo que cuentan. No pretendo subestimarlos, pero detesto la solemnidad con la que hablan del pasado. Los hombres, por lo general, son más vanidosos y tienen peor memoria que las mujeres, así que sus relatos no suelen ser tan interesantes. A las mujeres, al menos, les entran pequeños arrebatos de humildad y en algunas ocasiones se lamentan de lo poco que hicieron. Tres de ellas tienen un morbo especial, porque se rumoreaba que estuvieron liadas con Tanis a la vez, aunque me da la impresión de que, en aquel momento, ninguna estaba al tanto. He mencionado solo a dos. Me falta la tercera. Una es Carmela Rubio, periodista y novia de Tanis o, al menos, la principal; la que heredó sus papeles y sus reliquias y ostenta la condición de viuda a los ojos del mundo. La otra, Paloma Ríos, de cuyo paradero nadie quiere informarme y de quien no encuentro rastro ni siquiera en internet. La tercera, la guapa Anita Cruz, la doctora que se exilió en París durante mucho tiempo y que acompañó a Tanis en su último viaje. Respecto al periódico del que cuentan tantas proezas, tengo mi propia versión o, para ser más preciso, la de otro testigo. El mes pasado tuve que viajar a París para

hacerle unas fotos a un viejo anarquista sesentón, algo mayor que mi madre, que trabajó en aquella época para *El Hispano* y renegaba de todos sus compañeros. Me invitó a tomar un café en su estudio de la rue du Temple, un lugar sucio y atiborrado de infinitos objetos: ceniceros apestosos rebosantes de colillas, maquetas de barcos, botellas vacías, velas pringosas con churretes de cera, caracolas polvorientas, libros, carteles, cuadros, revistas y periódicos que no dejaban ver ni un milímetro del suelo o la pared. El viejo anarquista, de profesión ilustrador, firmaba en aquella época como Liberto. Supongo que tampoco será un tipo de fiar y estará resentido con la humanidad, pero lo que me dijo era tan desconcertante como que el periódico supuestamente heroico en el que trabajaban mi madre y sus amigos tenía un pasado turbio.

Me tomé la molestia de comprobarlo. Sus antiguos propietarios eran republicanos y, tras la guerra, les expropiaron todos sus bienes, incluida la cabecera del periódico que, para mayor escarnio, se transformó en *El Hispano*, el portavoz de la derecha más rancia. Según Liberto, durante muchos años aquello fue un nido de fascistas y trincones, que vivían subvencionados por el régimen franquista. Como eran malos profesionales y pésimos gestores, se cargaron el diario y agotaron el fondo de reptiles, así que tuvieron que donarlo al mejor postor y es ahí cuando se adueñó de él una facción de renegados que se conjuraron contra los prebostes de la dictadura agonizante. Los dos amigos de mi madre —Santiago Soler y Pedro Vidal— apoyaron a la empresa, incluso compraron acciones, con la intención de asegurarse su futuro personal y hacerse con el poder en la monarquía posfranquista, y, después de su incursión, contrataron a una banda de jóvenes inexpertos,

ilusos compañeros de viaje que se creyeron unos salvapatrias y no eran más que una simple coartada para renovar la imagen de una redacción apolillada donde vagaban como fantasmas un puñado de viejos redactores de colmillo retorcido. Los utilizaron de kamikazes para socavar los últimos vestigios que quedaban de aquel sistema decrépito y corrupto, sin derribarlo del todo, para aprovechar los cimientos en su propio beneficio.

Lo repito tal como me lo contó el viejo ilustrador que pasó por allí, aunque él dice no acordarse de ningún joven, ni siquiera de mi madre, porque trataba solo con el redactor jefe, que, según lo describió, era un señorito crápula con bigotito a la moda fascista. Ponía en duda que los nuevos redactores creyeran que aquello tenía un objetivo digno. De haber sido así, los engañaron como a chinos. La prueba es que, al fracasar el periódico, se deshicieron de todos los jóvenes y, cuando vendieron el edificio, no les pagaron ni una peseta de la prometida indemnización. Liberto atribuyó a Santiago Soler la brillante idea de la demolición física a modo de traca final. Me parecía una imagen muy potente para iniciar con ella el documental. Abriría con las afligidas y lacrimógenas caras de los redactores en primer plano, perfiladas sobre las ruinas cubiertas de un polvo gris y el frontispicio donde surgen las letras resquebrajadas de *El Hispano*. A continuación de los títulos de crédito, aparecería mi madre para recoger el premio.

Cuando escuché la primera grabación de mi madre, apenas presté atención al contenido, porque me quedé absorto mirándola a la cara y tratando de imaginar cómo sería a los veinte años. Me gustaría saber cómo era realmente

antes de que yo existiera, si nos parecíamos en algo, cómo logró sobrevivir en medio de tanta impostura. Eso es lo que estaba pensando mientras la grababa. Lo que hubiera dado por conocer la verdad y no esa sarta de fantasías que me estaba contando mi madre mientras se dirigía a la cámara con mucha profesionalidad. Me tomaré el tiempo que haga falta para conseguirlo, pero juro que no voy a dejar el trabajo a medias. Soy un Aziz, mal que a muchos les pese, y lo único que me dejó mi padre es su apellido y su tenacidad. Era un hombre muy perseverante, según me aseguró Carmela, que al parecer le conocía bien. Carmela y mi madre eran buenas amigas, aunque sospecho que no lo fueron tanto como dicen. Me contó que mi padre era íntimo de Tanis hasta que un día tuvieron un enfrentamiento y dejaron de verse durante mucho tiempo. Nadie me lo ha dicho, pero puestos a buscar el motivo del enfado, imagino que mi madre bien pudo estar en el centro.

Mi hijo, Malik, se dispuso a grabar mi testimonio, y antes de mirar a través del objetivo de la cámara me pidió brevedad: no podía alargarme más de dos o tres minutos, porque tenía que reducir a menos de media hora otros tantos testimonios de conocidos de Tanis, así que me pedía, por favor, que midiera bien mis palabras para facilitarle la labor de montaje.

—Adelante, mamá. Cuenta hasta cinco y empieza a hablar.

La mirada inquisitiva de mi hijo me incomodaba tanto que no sabía por dónde comenzar. Me hubiera gustado contarle mi primer encuentro con Tanis, pero me daba vergüenza entrar en detalles y no sabía hacerlo de manera aséptica. Aunque sucedió hace varias décadas, nunca olvidaré aquella partida de *flipper* en el bar de enfrente del periódico...

Estaba esperando a que llegase mi amigo Pedro. Me ponía muy tensa cuando jugaba. Mi concentración era máxi-

ma y no reparé en que un hombre de unos treinta años, moreno y con barba, se me acercaba muy decidido. Me asusté al sentir el roce de sus labios sobre mi oreja.

—Juegas muy bien —me dijo—, pero yo juego mejor. Cuando quieras, echamos una partida y verás como te gano.

Me irritó su arrogancia, pero me gustó mucho su voz. Aun así le pedí que no me molestase, que me dejase en paz. Obedeció y se fue a la barra.

Estaba a punto de terminar la partida cuando apareció Pedro.

—¿Te pido una caña, Muriel? —me dijo—. Tranquila, no te quiero distraer.

Terminé la jugada con un estrépito de timbres y campanas y el resplandor de las luces de colores que se encendían y apagaban alternativamente bajo el cristal del tablero de juego. Mientras saboreaba el triunfo, lancé una mirada pendenciera a mi retador. Entonces Pedro se acercó y me lo presentó:

—Estanislaos Arenal, *Tanis*, el periodista más grande de España y parte del extranjero. Aquí tienes a Muriel Blanco, la mejor fotógrafa de arte del mundo.

—Ya nos conocemos, ¿verdad? —afirmó el supuesto periodista más grande de España y parte del extranjero.

—Sí —me dirigí a mi amigo, sin apartar la mirada de Tanis—. Hace un instante ha tenido la desfachatez de retarme al *flipper*.

—Estás loco, Tanis, no hay quien gane a esta mujer. Es una maniaca del *pinball*—le advirtió Pedro.

—Yo no estaría tan seguro. De todas formas, merecerá la pena intentarlo, Muriel. Por cierto, me gusta tu nombre.

Tomamos un par de cañas y yo apenas abrí la boca. La

presencia de Tanis me intimidaba. Sentía que me taladraba con la mirada. Era, sin duda, arrogante, insolente y embaucador; pero tenía un modo de hablar dulce y meloso. No es que fuera guapo, aunque me gustaba el brillo de sus ojos, el movimiento de sus flacas y renegridas manos, su olor fresco a jabón y su voz. Sobre todo su voz, con esa cálida entonación infantil que ponía mientras narraba la que parecía ser una de sus múltiples proezas. Había regresado de Irak el día anterior y estaba contando un incidente que tuvo en Bagdad, y lo hacía de un modo tan cautivador que parecía la mismísima Scherezade de *Las mil y una noches*. Describía la ciudad como si aún conservara el esplendor y la gloria de los tiempos del califa Harún al-Rashid. Hasta el camarero estaba embobado con el cuento. Al fin terminó el relato y, de pronto, regresó al prosaico Madrid.

—Carmela hará una cena esta noche en mi casa. Cocina de muerte, ¿verdad, Pedro? ¿Por qué no os apuntáis?

—Cierto. Es una excelente cocinera —asintió Pedro—. ¿Te apetece, Muriel?

—¿Por qué no? —acepté a toda prisa. «Quizá demasiado rápido», pensé al instante.

Fue la primera mañana que pasé con él y me hubiera quedado más tiempo en la barra de aquel bar. Pedro, que había percibido mi actitud pasmada, decidió cortar por lo sano tras la sexta ronda de cañas. Me tomó por un brazo y me alejó de allí, interrumpiendo el prematuro idilio que habíamos iniciado delante de sus narices. Nunca me había visto escuchar tan embobada las fantasías de un extraño. Creo que dudó si rechazar la invitación a la cena, pero supongo que luego pensó que estaba exagerando, que probablemente mi embeleso se debía a los efectos de las repe-

tidas rondas de cerveza. Tanis nos dejó partir con la sonrisa triunfal del que se había cobrado una nueva pieza.

—A ti te pasa algo raro —me dijo Pedro cuando nos alejamos unos metros de la puerta del bar.

—A mí nada. ¿Y a ti? ¿Te pasa algo? —le respondí.

—Que estoy celoso.

—Celoso y un poco gilipollas.

—Tal vez...

Estas son las cosas que no puedo contar a mi hijo, porque podría pensar que tuve un lío con Pedro Vidal y nada más lejos de la realidad. Es cierto que él me adoraba y yo, de alguna forma, me dejaba proteger, porque era un tipo que tenía relaciones y contactos muy interesantes. Nos habían presentado unos meses antes en la galería de arte para la que yo hacía algunos trabajos esporádicos. Pedro era conocido de los dueños, quién sabe si socio, y una tarde que yo estaba instalando el trípode y los focos para fotografiar unos cuadros, apareció él con unos grabados para tasarlos. Se ofreció a echarme una mano con los focos y estuvimos charlando un buen rato. Ese mismo día nos hicimos amigos.

Éramos jóvenes los dos, aunque nos llevábamos unos diez años. Yo había cumplido los veintiuno y Pedro pasaba de los treinta. Entonces la diferencia de edad me parecía abismal. Yo era solo una jovencita inexperta frente a todo un hombre lleno de experiencia en el mundo del arte, los negocios y la política. Creo que mi relación era muy interesada. Enseguida pensé que él tenía la llave para abrirme muchas puertas, entre otras la de los ambientes artísticos que tanto me interesaban en aquella época.

Lo único desagradable era relacionarme con determinados amigos de Pedro que formaban parte de una extraña oposición al franquismo. No me parecían trigo limpio,

sino oportunistas que aprovechaban el final de la dictadura para situarse en un buen puesto de cara al futuro que estaba a punto de comenzar. Eran señoritos de la calle Serrano. No me encajaban sus *blazers* de botones dorados y pañuelito en el bolsillo con un discurso izquierdista que a mí me resultaba bastante sospechoso. Pedro Vidal nunca había militado en ningún partido de izquierda, pero había establecido buenas relaciones con los dirigentes de la oposición clandestina. Lo que me parecía novedoso es que hablase siempre de una transición pacífica de la dictadura a la democracia. Su discurso era insólito entre mis compañeros de la Facultad de Filosofía y Letras. Nos pasábamos los días quemando banderas americanas y, ya que no era fácil protestar contra lo de dentro, nos consolábamos organizando manifestaciones más o menos toleradas contra las guerras de fuera. Unos cuantos amigos me dijeron que Pedro era un tipo sospechoso y que tuviese cuidado con él porque tenía pinta de ser confidente de la policía, aunque la historia de ese rumor tenía más recorrido incluso del que ellos creían.

Ahora, al cabo del tiempo, la versión que Liberto por lo visto le ha dado a mi hijo sobre el periódico me parece muy cierta. Pedro y sus amigos fueron unos oportunistas que se situaron en la posición adecuada, no para derribar un régimen que se desmoronaba, sino para repartirse provechosamente los restos. Y nosotros, con Tanis a la cabeza, una cuadrilla de jóvenes ingenuos e idealistas que nos creíamos eficaces defensores de la sacrosanta libertad de expresión. Ese es el verdadero trasfondo de la historia que la nostalgia nos hizo reconstruir de una manera artificiosa. La realidad es que nos tomaron el pelo.